

vera de algún regato ó perdidos entre encinares y robledos, llevan nombres tan históricos ó tradicionales como Garci Rey, Zarza de don Beltrán, Guad-Ramiro y Val de Rodrigo. No todos sin embargo los que formaban el estado de Ledesma la reconocen ahora como cabeza de partido; muchos dependen de Vitigudino sometida antes á aquella, villa sin anales y sin monumentos, cuya parroquia ardió sitiada en la última guerra civil, y á cuya jurisdicción se han agregado importantes poblaciones fronterizas de la ribera del Duero y del Águeda, la Hinojosa, Fregeneda, Sobradillo, Lumbrales y San Felices de los Gallejos. Pero estas pertenecen ya á otro ciclo, gravitan hacia distinto centro, que es su capital eclesiástica, término de nuestra siguiente jornada al través de no menos silvestres campiñas.



CAPÍTULO VII

Ciudad Rodrigo



CIUDAD nació desde luego la población creada á orillas del Águeda por Fernando II á fin de contener los juveniles bríos de Portugal, pero no se sabe de qué Rodrigo tomó su nombre en vez de recibirlo del fundador. Hay quien lo supone un conde delegado del rey para esta empresa, hay quien le atribuye una primera creación de estéril resultado y de efímera permanencia hacia 1100 reinando Alfonso VI. Los cronistas sin embargo dan todo el mérito de la iniciativa al monarca de León y el del consejo á cierto emigrado portugués, que le indicó el sitio como el más oportuno para penetrar en el corazón del vecino reino (1). Ninguna idea de restauración insinúan de lugar reciente ni aun

(1) No falta quien haya tomado por nombre propio de este tráfuga, entendiéndolo por Bernal, la palabra *vernalis* ó *vernuli* que escribe el arzobispo don Rodrigo en el sentido de *familiar* ó *doméstico* del rey de Portugal. Menos fundamento tienen aún los que asientan que pobló y dió nombre á Ciudad Rodrigo en 1102 un don Rodrigo González Girón.

de antiguo; y de seguro debía ignorar el soberano, y tal vez ellos mismos, que en aquellas cercanías colocase Tolomeo á Augustobriga entre los vetones, ni era dable prever que cuatro siglos más tarde hubiesen de desenterrarse las tres columnas romanas que constituyen su blasón municipal y las inscripciones terminales que parecen fijar su reducción á Miróbriga (1). Lo que no se ocultaba entonces al rey Fernando era el recuerdo de la destruída ciudad de Caliabria entre el Águeda y el Coa, cuyo terreno cedió con otros en enero de 1171 á la iglesia de su nueva colonia (2); y en hacer episcopal á ésta influyó quizá, no menos que el deseo de engrandecerla, el de renovar la sede allí establecida bajo la dominación goda, cuyos prelados Servus Dei, Celedonio, Aloario y Ervigio, se habían sentado en los concilios del siglo VII (3).

Á la dotación de la naciente catedral se aplicaron la tercera parte del portazgo, de la moneda, de los quintos ó multas, y de las heredades y rentas reales en la ciudad y sus términos, las tierras de Hinojosa, Lumbrales y Sepúlveda hoy despoblado, la mitad del vado debajo del puente y del monte de la Greda, y los monasterios de Santa María de la Caridad, de Santa Águeda,

(1) De dichas columnas y lápidas se hablará más adelante. Algunos deseos de no desperdiciar nada han querido que Ciudad Rodrigo fuese al principio Mirobriga y luego Augustobriga: Flórez se atiene á lo primero, distinguiéndola empero de otras dos Mirobrigas citadas por Plinio, Tolomeo y Antonino, y excluyendo de ella tres Augustobrigas nombradas por los mismos. Son muchas las lápidas descubiertas en sus alrededores, y dejando aparte varias cuyas copias corren harto adulteradas para atrevernos á adoptarlas sin previo cotejo con el original, publicaremos dos que vimos en el Seminario conciliar esculpidas en pequeños pedestales: *Imp. Caes. divi Vespasiani f. Domitiano Aug. Pont. max. Trib. p. imp. II. p. p. cos. VIII desig. VIII D. D.—Imp. Caes. L. Sept. Severo Pertinaci avo O. M. V. ex A. P. V.*

(2) Trae Flórez la donación del rey y la confirmación de Alfonso IX en junio de 1191, otorgadas una y otra en la misma ciudad. De ellas se deduce aproximadamente la situación de Caliabria al occidente de Ciudad Rodrigo junto á la presente raya de Portugal.

(3) Créase el obispado de Caliabria á principios del siglo VII después que el reino de los suevos fué incorporado al de los godos, y quizá fué su primer obispo Servus Dei que asistió á los concilios IV y VII de Toledo; Celedonio acudió al VIII en 653, Aloario al de Mérida en 666 y Ervigio al XV de Toledo en 688.

de Helteyos, de San Martín de Castañedo, de Torre Aguilar y de Perales que poblaban ya de antes aquella montuosa comarca. Reclamó la de Salamanca contra la desmembración de la diócesis formada á costa suya, pero impúsole silencio la absoluta voluntad del rey, y consagró al obispo electo el metropolitano de Santiago. Domingo se llamaba el que en 1171 aceptó las donaciones. Pedro el que en 1175 pasó á Roma y alcanzó del papa Alejandro III la confirmación de todo lo obrado sin su autoridad apostólica (1). Durante cerca de siete siglos se han sucedido en aquella silla, condenada á desaparecer por el último concordato, pastores que la honraron con sus talentos y virtudes ó subieron desde ella á las más insignes de España (2).

(1) Resúmese cuanto hemos referido, en la siguiente bula, inédita según creemos, cuya copia se nos dijo que procedía del archivo de Sahagún, puesto que el de la catedral que nos ocupa pereció por completo en la guerra de la Independencia: *Alexander episcopus servus servorum Dei venerabili fratri Petro Civitensi episcopo, etc. Ex litteris charissimi in Xpo. filii nostri Ferdinandi illustris Hispaniarum regis, et venerabilium fratrum nostrorum Compostellani archiepiscopi, Zamorensis et Lucensis episcoporum, necnon etiam episcopi et capituli Salmantine ecclesie, evidenter accepimus, et tu ipse prudenti assertionem coram nobis et fratribus nostris proposuisti, qualiter predictus rex volens civitatem ipsam, que satis populosa est et incursibus sarracenorum exposita, episcopali dignitate gaudere, partes suas efficaciter interposuit, ita quod querela que inter Salmantinam et Civitensem ecclesiam de jure parrochiali vertebatur per concordiam fuit terminata... Unde ad instantiam et postulationem prefati regis postea predictus archiepiscopus te in episcopum ejusdem ecclesie consecravil. Licet autem id absque auctoritate Romani pontificis fieri non debuerit, et propterea factum ipsum deberet omnino cassari, attendentes tamen fervorem devotionis et fidei quam predictus rex circa sacrosanctam Romanam ecclesiam gerit, considerantes etiam quomodo prescripta civitas populata sit et sarracenis opposita fronte resistat, ecclesiam ipsam, institutionem cathedralis sedis ibi factam et ordinationem tuam ratam habentes, episcopali dignitate communi fratrum nostrorum consilio decoramus, et ut ibi perpetuo episcopalis sedes sit presenti privilegio statuimus, ipsamque ecclesiam cum omnibus terminis quos nunc habet sub beati Petri et nostra protectione suscipimus... In quibus (bonis), hec propriis duximus exprimenda vocabulis: Feneyosa cum terminis suis, Scam. Mariam de Luminares cum terminis suis, Sepulvegum cum terminis suis et cum omni jure tam ad regem quam ad civitatem ipsam pertinente, ex donatione predicti regis tertiam portatici, tertiam partem de quintis, tertiam partem monete et tertiam partem omnium hereditatum et reddituum in civitate et in omnibus terminis ejus ad regem spectantium, medietatem vadi quod est sub ponte, et medietatem montis de Creta, monasterium Sce. Marie Charitatis, monasterium Sce. Agate, monasterium de Helteios, monasterium Sci. Martini de Castaneto, monasterium de Turre Aguilari, monasterium de Peraria et ceteras ecclesias.... VIII kls. junii. incarnationis dominice anno MCLXXV.*

(2) Destruído como acabamos de decir el archivo de aquella catedral, nos ha-

Tantas prerrogativas acumuladas en la improvisada puebla, excitaron la emulación y al fin la cólera, no sólo de Salamanca á quien hacía sombra más de cerca, sino de ciudades harto me-

llamos sin más guía para formar su episcopologio que la de Gil González Dávila cuyos anacronismos y contradicciones rayan en increíbles, y sin más medios de rectificarlas que las escasas indicaciones que acerca de sus prelados hemos podido recoger en historias y documentos. Tal como sea lo presentamos en la forma acostumbrada.—Domingo es el primero que hallamos nombrado en la donación real de 1171; Gil González dice que le precedió un fray Pedro benedictino por el año de 1165, el cual renunciada la mitra vivió hasta 1184.—Pedro, que Dávila apellida Pedro Ponce, y á quien se dirigió la bula de 1175.—Martín, mencionado por Alfonso IX en 1191 y cuya memoria llega al 1210; Dávila intercala un Antón hasta el 1199.—Lombardo, de 1213 á 1224.—Bernardo, según Dávila que en el encabezamiento del capítulo lo llama Leonardo I.—Miguel, de 1232 á 1240.—Pedro, existente según Dávila en 1254 en que florecía ya su sucesor.—Leonardo, de 1253 al 58 confirma los privilegios de Alfonso X; de 1259 á 60 vacó la silla.—Domingo Martín, de 1261 al 72 conforme dichas confirmaciones.—Pedro, de 1273 á 82 al tenor de las mismas.—Antón, según Dávila, en 1298.—Alfonso, asistió al concilio tenido en Salamanca acerca de los Templarios en 1310, cuya fecha equivoca absurdamente Dávila, y en 1305 hizo trasladar los restos de su madre á San Esteban de Zamora (véase el tomo *Zamora*).—Juan, según el epitafio que cita Dávila murió en 1332.—Alfonso de Robles, según dato análogo, murió en 1346.—Alfonso, existía en 1358.—Fernando, en 1382.—Juan, en 1385.—Jerónimo en 1396.—Gonzalo, en 1403.—Alfonso Manuel, en 1428; Dávila, cuyos son todos estos asertos, dice que en su epitafio constaba aquella fecha con expresión de la era 1466, siendo así que en 1383 había cesado ya para siempre dicho cómputo.—Pedro Díaz, cuya resurrección por intercesión de san Francisco, cuenta Dávila sin expresar el año, aunque la tabla que recuerda en la catedral este prodigio, como diremos más adelante, lo refiere al 1343.—Alfonso, en 1436.—Fray Francisco dominico, en 1440.—Fray Alfonso de Palenzuela, franciscano, predicador de Juan II y confesor de su esposa doña Isabel, trasladado á Oviedo en 1470.—Don Alfonso de Paladinas, murió en Roma en 1485.—Don Diego de Muros, antes obispo de Tuy, distinto del famoso prelado de su nombre que lo fué de Oviedo, murió en 1491.—Don Juan Ortega, en 1495.—Don Diego de Peralta, hasta después de 1500.—Don Valeriano Ordóñez de Villaquirán, trasladado en 1508 á Oviedo.—Don Francisco de Bobadilla, trasladado en 1511 á Salamanca.—Fray Francisco Ruíz, franciscano, promovido á Ávila en 1514.—Don Juan Tavera, promovido á Osma y á Santiago en 1524; dale Gil González por sucesor á don Luís Marliano, pero le excluye Flórez (tomo XXIII), demostrando que por aquellos años era obispo de Tuy.—Don Pedro Portocarrero, m. electo arzobispo de Granada en 1525.—Don Gonzalo Maldonado, promovido á Tarragona, m. en 1530.—Don Pedro Manrique, 1535.—Don Pedro Pacheco, transl. en 1539 á Pamplona y después cardenal.—Don Antonio Ramírez de Haro, antes obispo de Orense, transl. hacia 1542 á Calahorra y luego á Segovia.—Don Francisco de Navarra.—Don Juan de Acebes, m. en 1549.—Don Pedro Ponce de León, hasta 1559.—Don Diego de Covarrubias, transl. en 1564 á Segovia.—Don Diego de Simancas, transl. á Badajoz hacia 1570 y luego á Zamora.—Don Andrés Pérez.—Don Pedro de Guevara, hasta 1585.—Don Bernardo de Rojas y Sandoval, transl. á Pamplona en 1588.—Don Pedro Maldonado; otro catálogo le coloca después de los dos siguientes.—Don Martín de Salva-

nos vecinas (1). Asistimos ya á la derrota de la rebelde liga en los campos de Valmuza y al castigo de Nuño Serrano su caudillo; más adelante en la historia de Ávila veremos quién fuera éste y el carácter social y los resultados que tuvo dicho levantamiento. Casi al mismo tiempo Fernando Rodríguez de Castro, emigrado de Castilla por su rivalidad irreconciliable con los Laras y retirado á país de sarracenos, como á menudo y sin gran escándalo se veía en aquellos siglos, sin recordar sus tratos con

tierra, m. en 1604.—Fray Pedro Ponce de León dominico, transl. á Zamora en 1609.—Don Juan de la Cruz, m. antes de recibir las bulas.—Don Antonio Idiáquez, transl. á Segovia en 1613.—Don Jerónimo Ruíz de Camargo.—Don Martín Portocarrero, hasta 1622.—Don Agustín Antolínez, promovido á Santiago en 1624.—Don Juan de la Torre y Ayala, hasta 1627.—Don Francisco Alarcón, transl. á Salamanca en 1646.—Don Diego Pérez Delgado, pasó á Salamanca en 1655.—Don Diego de Tejada, transl. á Pamplona en 1658.—Don Diego Riquelme, transl. á Oviedo en 1662.—Don Antonio Castañón, transl. á Zamora en 1666.—Fray Miguel de Cárdenas, hasta 1670.—Fray Alonso Bernardo de los Ríos, promovido á Granada en 1676.—Don Juan de Andaya Sotomayor, hasta 1678.—Don Sebastián Catalán, hasta 1686.—Fray José González, transl. á Plasencia en 1693.—Fray Francisco Manuel de Zúñiga, hasta 1706.—Don José Santos, hasta 1715.—Fray Gregorio Téllez, renunció la mitra y no admitió la de Santiago en 1737.—Don Clemente Comenge, m. en 1747.—Don Pedro Gómez de la Torre, transl. á Plasencia en 1756.—Don José Francisco de Biguezal, m. en 1762.—Don Cayetano Quadrillero, trasladado á León en 1777.—Don Agustín de Alvarado, m. en 1781.—Don Alonso de Molina, m. en 1784.—Fray Benito Uría y Valdés, m. en 1810.—Don Pedro Manuel Ramírez de la Piscina, m. en 1835.—Don Pedro Alcántara Jiménez premostratense, último obispo de la sede suprimida por el concordato. Desde 1867 hasta el año presente, ha sido dada en administración apostólica al obispo de Salamanca.

(1) Aunque las noticias particulares de Zamora nos indican que sus vecinos se declararon á favor del rey contra aquel movimiento, induce á sospechar en ellos alguna disposición á secundarlo el siguiente pasaje de la *Crónica General*: «El rey don Fernando tomando exempro de la cibdad de Salamanca e de su pueblo, por menguar la lozania de Zamora tomó el ende el cuerpo del rey don Ramiro que yacie hi enterrado e llevó l dende á Astorga e enterró l en la iglesia catedral... Empós esto en Salamanca e en Zamora levantóse otrosí contienda sobre la puebra que dicen Cibdad Rodrigo.» Esta traslación de los restos de Ramiro II afirman don Rodrigo y don Lucas que se hizo, no desde Zamora, sino desde el monasterio de Destriana en la Valduerna, siendo lo más notable que ni en Zamora hay memoria de haber poseído jamás la tumba del vencedor de Simancas, ni en Astorga la hay de su actual posesión, á no ser que se le atribuya aquella urna antigua de apócrifo epitafio que ni Morales en su *Viaje Santo* ni Flórez supieron á qué rey adjudicar (V. nuestro tomo de *León*, cap. de Astorga.) Iniciando pues una cuestión no dilucidada ni aun advertida que sepamos por historiadores antiguos ni modernos, preguntaremos, ya que se nos brinda la ocasión: ¿dónde tuvo el rey Ramiro su primera sepultura, en el monasterio de San Salvador de León, en Destriana ó en Zamora? ¿dónde yace actualmente, en el panteón de San Isidoro ó en Astorga?

el rey de León durante las civiles discordias del reino y cual si tratase sólo de hostilizar á los cristianos de cualquier dominio fueran, se presentó al frente de un poderoso ejército infiel delante de Ciudad Rodrigo, esperando coger de sorpresa á sus defensores. Pero velaba sobre ella San Isidoro, y apareciéndose, según la crónica, al custodio de la iglesia que tenía allí dedicada, le había mandado advertir el inminente peligro al monarca, quien se apresuró á socorrerla. Entretanto los moradores parapetados, á falta de muros de que aún carecían, detrás de sus carros, cubas, arcas, lechos y toda clase de muebles y maderas, prolongaron denodadamente su resistencia y dieron tiempo á que Fernando II cayese sobre los sitiadores matando de ellos innumerable muchedumbre y prendiendo ó ahuyentando á los demás (1). Fernando Rodríguez no sólo fué perdonado, sino que más adelante recibió del vencedor por esposa á su hermana Estefanía, hija natural del Emperador (2).

Dióse prisa el rey en fortificar su fundación, como si presintiera que otra clase de enemigos habían de venir á combatirla. Sea que penetrase Alfonso I de Portugal la intención amenazadora de aquel baluarte fronterizo, sea que deseara vengar á su hija Urraca repudiada por el de León sólo color de parentesco, envió á su primogénito Sancho con numerosa hueste á destruir en germen la molesta vecindad. Atacado á la vez Fernando II en distintas direcciones, dejó parte de sus fuerzas para contener á los castellanos y con las restantes marchó al encuentro de los portugueses, á quienes topó en el lugar de Arganal tres leguas al poniente de la ciudad (3); allí le coronó nuevamente la victo-

(1) Á la referida jornada alude sin duda el cronicón de Cardeña cuando dice de Fernando II que venció al Miramamolín en Ciudad Rodrigo.

(2) De esta refiere don Pedro de Portugal en su *Nobiliario*, como ya indicamos en el tomo de *León*, que la mató su marido creyéndola infiel por la maldad de una doncella que se disfrazaba para sus galanteos con los trajes de su ama; pero Flórez reputa dicha relación por una de las fábulas romancescas en que abunda aquel libro.

(3) Conservan con leve alteración el nombre de este sitio los pueblos de Gallejos de Argañán y Alberguera de Argañán.

ria derramando la muerte y el terror en los contrarios, y él correspondió con magnánima clemencia dejando ir libres á los prisioneros. Por alguna otra prueba debió pasar la población después de fallecido su patrono, cuando en ella murieron á 6 de febrero de 1198 el maestro don Lope y Nuño Fafiz (1): sin duda llegaron hasta sus muros las armas de Castilla y Aragón que en represalias de las correrías de Alfonso IX asolaron en dicho año el territorio de Salamanca, pero el cronicón no expresa si eran de los defensores ó de los enemigos aquellos ilustres campeones.

Segura ya y vencedora de tantos y tan violentos embates, Ciudad Rodrigo no registró en los anales del siglo XIII sino su adhesión á Fernando III contra las pretensiones de sus hermanas al trono de León, y los privilegios que le otorgaron los reyes en atención á los servicios de sus moradores y á los peligros de la frontera. Alfonso el Sabio protegió sus pastos y sus bosques, indultó por riñas particulares á los caballeros que le acompañaron en su expedición contra Granada, y concedió franquicia no sólo á los poseedores de armas sino á los fabricantes de ellas (2): Sancho el Bravo, príncipe aún en 1282, prometió no desmembrarla jamás de la corona, y en 1289 ya rey amplió las exenciones de sus vecinos que tan esforzadamente le habían seguido en la campaña de Aragón (3): la prudente reina María

(1) *VIII idus februarii*, dice el cronicón de Coímbra, *mortuus fuit magister dom. Lupus in Civitate Roderico era MCCXXXVI. Eodem die mortuus fuit Nunus Fafiz cum eo.*

(2) Cinco privilegios de este rey vimos en el archivo del ayuntamiento: uno de 1255 para que los hombres de órdenes y de villas no destruyan el pinar, encinar y robledo de la ciudad con las posadas de sus ganados y que sólo vayan de paso como en tiempo de su padre y abuelo; otro de 1265 dado en la vega de Granada á petición de los caballeros que iban con la hueste, para que si alguno mata-se á otro en pelea y lo perdonasen sus enemigos, los jueces lo acogieran; otro de 1268 declarando excusados de pecho á los que tuvieren armas y caballo; otro de 1274 concediendo igual franquicia á un armero, un loriguero y un sillero; otro de 1277 prometiendo no aumentar los pedidos.

(3) En el último documento, cuyo preámbulo se refiere á dicha jornada, expresa que los amos que criaren á los hijos de caballeros hayan la franqueza bien y cumplidamente, y que estén exentos todos los pastores y mayoresales de ganado como en tiempo de su padre y abuelo.

de Molina en 1297 libró de nota la lealtad de los que guardaban por su hijo el castillo y el arrabal, mandando cesar toda pesquisa acerca de su conducta y perdonándolos á mayor abundamiento. Ella fué quien reinando el hijo en 1312 y como tutora de su nieto en 1319, comprendió en una misma inmunidad á los hombres de guerra y á los pacíficos ganaderos y mayores (1), dejándoles la última vez este recuerdo de la visita que les hizo con el intento, desgraciadamente frustrado, de reconciliar á su yerno el príncipe Alfonso de Portugal con su propio padre el rey Dionís.

Nueve años después, en setiembre de 1328, entró en Castilla por Ciudad Rodrigo otra reina de quince años llamada María como su magnánima abuela, acompañada de su madre Beatriz y de su joven esposo Alfonso XI y de lucida comitiva de ambas cortes, obligándola á detenerse allí una leve dolencia que aguló los regocijos de la boda. Allí el rey don Pedro, infausto fruto de aquel consorcio, conferenció en 20 de marzo de 1352 con su abuelo Alfonso IV de Portugal, por cuya mediación restituyó la gracia á su bastardo hermano Enrique, tan suspicazmente dada como recibida. Durante la prolongada lucha entre los dos hermanos la ciudad se declaró por el legítimo, y apenas divulgada su muerte vino á poder del portugués, que alegando derechos á sucederle la guardó y pertrechó, haciéndola formidable al país comarcano con sus asoladoras incursiones. En vano trató de recobrarla Enrique II á la entrada de 1370; la valerosa defensa de la guarnición y la crudeza del invierno le obligaron á levantar el sitio, y ya consentía en entregarla para siempre á sus detentadores como dote de su hija Leonor prometida al rey Fernando por la paz del año siguiente, cuando el voluble lusitano

(1) Por su cédula de 23 de julio de 1312 la reina declara francos á los caballeros que salieren al alarde el día de San Martín con caballos, armas, lorigas de cuerpo y de caballo y lorigones con almofares y brañoneras, y á las viudas de los mismos, y establece que cada cien ovejas, treinta vacas y quince yeguas excusen un amo y un mayoral de servicios y de fonsado. En la de 1319 hace extensiva la merced á los que tengan menor número de ganado.

por fortuna desistió del enlace rescatando el empeño de su palabra con la devolución de las plazas retenidas. Ciudad Rodrigo volvió á ser castellana, y el primer cuidado de Enrique fué ponerla al abrigo de otra sorpresa con la construcción de un fuerte alcázar (1).

Desde entonces en todas las guerras con Portugal sirvió de cuartel general la población, en 1381 al renovarse las hostilidades encrudecidas con la aparición de los ingleses, en 1383 cuando á la muerte del rey Fernando entró Juan I á tomar posesión de los estados de su nueva esposa, creyendo hallarlos más dispuestos á amalgamarse con Castilla bajo un solo cetro, en 1385 á la sazón de formarse allí aquel ejército innumerable que fué á buscar en Aljubarrota su sepulcro por haber prevalecido en los planes de campaña una funesta precipitación. De la indisciplina mucha acampada á su alrededor y del incesante tránsito de tropas, más bien que del enemigo, que no asomó á muchas leguas en contorno, recibieron los vecinos, robos y destrucciones, para cuyo resarcimiento les dispensaron dicho monarca y Enrique III cuantiosas mercedes (2). Á nuevos bullicios suscitados en Extremadura por los infantes de Aragón don Enrique y don Pedro, debió Ciudad Rodrigo en 1432 la residencia de Juan II por muchos meses: entonces en su catedral confirió solemnemente á Gutierre de Sotomayor el maestrazgo de Alcántara, y á su salida para Madrid, en 5 de enero de 1433, fué cuando apareció aquel metéoro extraordinario que recorrido un grande trecho estalló en un trueno pavoroso que fué oído á treinta millas de distancia (3). El rey en 1442 dió á doña María

(1) De su fábrica é inscripción hablaremos más adelante.

(2) La condonación de tributos otorgada por Juan I en 1383 habla de los males y destrucciones causados por sus gentes que con él fueron en las dos entradas que hizo en Portugal en el año de la fecha y en el penúltimo. La de Enrique III data del 1406, motivándola con los afanes, trabajos, robos y pérdidas sufridas por la ciudad en las pasadas guerras que sostuvo su padre con los portugueses.

(3) «Y caminando, dice la crónica, vieron todos una gran llama que iba corriendo por el cielo.» El bachiller de Ciudad Real escribe en su carta LV que era «de fuego amarillo y dentro tenía como raíz negra y los cabos mas blanquecidos y

su esposa, la ciudad y el castillo y la jurisdicción de ella en compensación de Molina, no entendiendo faltar con esto al antiguo privilegio que prohibía enagenarla de la corona, por ser su consorte *una misma cosa consigo* (1); y fallecida la reina en 1445, la transfirió con análogas salvedades al príncipe heredero, bien que esta donación al parecer no pasó adelante. En el mismo año se concedieron veinte de franquicia á los extranjeros que fijasen allí su domicilio.

La resistencia opuesta por aquellos muros á los portugueses en la grande invasión de 1475, en que sometieron á la princesa doña Juana buena parte de Castilla, la premiaron los reyes Católicos con la gracia de un mercado franco todos los martes. En su recinto tuvo eco, al empezar el reinado de Carlos I, el grito de las Comunidades, mas bien por aprovechar esta ocasión las hereditarias rencillas de sus familias principales que por verdadera insurrección contra el poder monárquico. Corta en vecindario pero importantísima por su situación, Ciudad Rodrigo ha tenido una historia más militar que política, y por esto nada ha decaído su interés en los últimos siglos. La emancipación de Portugal en tiempo de Felipe IV le acarreó de 1640 en adelante toda suerte de padecimientos y sacrificios y una serie de campañas desgraciadas en su mayor parte, principalmente la de 1664 dirigida por el duque de Osuna, tocándole durante ellas presenciar más retiradas que victorias. La guerra de Sucesión la hizo gemir bajo el yugo extranjero, desde el 12 de mayo de 1706 en que fué ocupada por los portugueses, hasta el 4 de octubre de 1707 en que la recobraron por asalto los libertadores venidos de Salamanca. La lucha de la

que se despidió con un gran tronido que los rocines e las mulas corrieran de pavor, y sigue hablando de las disputas de los doctos sobre la materia de que se componía y sobre los presagios que anunciaba.

(1) La donación lleva la data de 10 de julio, y de 22 de octubre la respuesta del mismo rey á las reclamaciones de los vecinos en la que se lee la citada frase, y en la que después de un largo prólogo que recomienda la virtud de la lealtad, les ratifica la referida promesa y los restantes privilegios.

Independencia puso finalmente la corona á sus glorias y á sus infortunios; y si cercada por un ejército de cincuenta mil franceses y acribillada veinte días continuamente con mortífero fuego, capituló en 10 de julio de 1810 con los mariscales Ney y Massena, fué cuando muros y casas no presentaban sino montones de ruinas, y cuando de los aliados ingleses acampados en sus inmediaciones no pudo ya prometerse ningún socorro el veterano gobernador Andrés Pérez de Herrasti. Para verse libre de sus opresores hubo de pasar en enero de 1812 por un sitio no menos desastroso, que costó la vida á dos jefes británicos Crawford y Mackinson y valió á Wellington el título de duque de Ciudad Rodrigo, como había valido el otro á sus bravos sostenedores el de beneméritos de la patria.

Á esta heroica defensa mandaron las cortes de 1811 erigir un monumento, pero mal pudiera llamarse tal el moderno templete que frente á la puerta de la catedral se levanta sostenido por cuatro columnas, si alrededor no quedaran cual gloriosas cicatrices sus huellas asoladoras, el espacioso seminario medio sepultado todavía entre escombros, la torre de la iglesia destruada por los disparos, la capilla de Cerralbo hundida la mitad de su linterna. Las que mejor disimulan el estrago son las murallas, dispuestas al parecer á arrostrar otros ataques no menos rudos si no fuera por los terribles adelantos que ha hecho posteriormente el arte de destruir; de la época de Fernando II sólo conservan algún lienzo, especialmente por el lado del río, que hay quien atribuye á los romanos: reconstruídas á trozos, según las necesidades de los tiempos, perdieron su antiguo carácter desde que en el reinado de Felipe V fueron rebajadas á la altura de nueve varas é incluídas en nuevos reductos y baluartes, abriendo fosos y formando terraplenes. Con esto sus nueve puertas han venido á reducirse á tres (1), la del Conde que comunica con el di-

(1) Nueve cuenta en el siglo XVII Méndez Silva, y siete Ponz á fines del pasado: las más inmediatas á la catedral se llamaban, según noticias, puerta del Rey y postigo de Sant Albin.